


**Bueso, Natalia y Moreno, Juan Manuel (coords.), *Violencia de género. Actuación en el ámbito educativo con menores víctimas*. Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2024, ISBN 978-84-9127-270-0. 148 páginas**

Juan Agustín Franco Martínez

Universidad de Extremadura, España ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/infe.106409>

La obra coordinada por Bueso y Moreno es una revisión sobre la violencia vicaria, sobre la conexión entre la violencia de género y el maltrato infantil. Un tema todavía insuficientemente estudiado. Situando como pilar de análisis la sociedad patriarcal y la violencia simbólica que ejerce (según estereotipos y roles de género) para explicar los procesos de dependencia afectiva y de victimización aprendida. Aunque el libro deja fuera otras esferas claves en la normalización del machismo: el capitalismo y la religión.

El monográfico se divide en 2 partes diferenciadas. Una primera parte teórica (capítulos 1 y 2), donde se relacionan las investigaciones sobre la violencia de género y su impacto en la infancia. Y una segunda parte (capítulos 3 a 5) orientada a la detección de la violencia de género en los centros educativos. Se incluyen dos capítulos finales y anexos con recursos adicionales.

El libro enmarca la violencia vicaria como la gran olvidada, ya que se sitúa dos escalones por debajo de la violencia primaria (contra la mujer) y de la violencia secundaria (o institucional que sufren las mujeres cuando se someten a juicio o al escrutinio público de sus decisiones). Quedando la violencia terciaria centrada en la que sufren principalmente los hijos e hijas (como afectados indirectos, aunque muchas veces también directos).

La revisión realizada abarca las consecuencias de la violencia vicaria, así como los factores de riesgo, vulnerabilidad e indicadores de dicha violencia. Todo ello en el marco teórico del ciclo de la violencia de género (acumulación de tensión – descarga violenta – luna de miel), abriendo la puerta a más estudios futuros del ciclo intergeneracional de la violencia, esto es, a la transmisión y perpetuación de la violencia de género de padres a hijos.

En esta línea es interesante el diálogo con otros análisis. Así, por ejemplo, Ramón Nogueras en *¿Por qué creemos en mierdas?* (2020: 134), recoge un estudio de Kaufman y Zigler (1987) donde demuestran que no hay relación entre sufrir maltrato infantil y convertirse en un padre maltratador, subrayando con tristeza que, “sin embargo, la creencia popular es otra”. Añadiendo otro estudio de Masten (2001) que refuerza esta idea de resiliencia mayoritaria de niños y adultos ante eventos traumáticos y que por tanto esos traumas no dejan secuelas de por vida.

Por otro lado, Miguel Lorente en *Mi marido me pega lo normal* (2009: 138-142, edición de bolsillo) recoge varios estudios que contradicen lo anterior. Señalando que casi el 80% de los niños expuestos a violencia la reproducen después de adultos frente a la mitad en el caso de los no expuestos. Y sobre todo destaca que estas situaciones traumáticas dejan secuelas de por vida.

Mientras que Abramovaite et al. (2015) en *The dynamics of intergenerational family abuse* recopilan algunos estudios que encuentran un vínculo de transmisión que, sin embargo, presentan fallos metodológicos. No obstante, la mayoría de los trabajos revisados señalan que existe una fuerte relación, aunque no es un factor determinante, ya que intervienen otras circunstancias.

Como apostilla Miguel Lorente en conversación electrónica (24/03/2021): “De hecho hay casos en familias donde uno de los hijos ha reproducido la violencia contra la pareja y otro hermano ha sido un activista contra ella”. En consecuencia “ahora son muy interesantes los estudios epigenéticos, que vienen a explicar algunas de las bases que facilitan la posibilidad de que se reproduzcan este tipo de conductas, como sucede con otras muchas a las que se ven expuestos niños y niñas. Sin duda es un tema muy interesante que necesita que se continúe estudiando, sobre todo cuando los factores sociales y culturales están cambiando”.

Una clave para avanzar en la erradicación de la violencia de género desde el ámbito educativo es la adquisición de valores como la empatía hacia las víctimas, ya que diversos estudios tienden a mostrar esta falta

de conexión emocional, especialmente de los varones jóvenes. Léase este sonrojante y cruel argumento de un chico afgano de 16 años ante la represión talibán contra las mujeres tras la marcha del ejército de EEUU en 2021 (Mónica Bernabé, *El Diario de la Educación*, 2024, 32-39): “Es que mi vida no ha cambiado. Estudio, juego a fútbol, salgo con los amigos, y voy al parque y al zoo”.

El libro de Bueso y Moreno es algo superficial a la hora de señalar los posibles recursos que pueden desplegar los centros educativos, puesto que no indaga en la contradicción e implicación de los centros concertados religiosos (de ideario y moral patriarcal) en la normalización del machismo. Sin olvidarnos de la acrítica visión sobre los servicios sociales que los autores sugieren como instrumento adecuado en el marco de la detección precoz.

Por último, hay alguna imprecisión en las referencias bibliográficas, como por ejemplo en las guías autonómicas para la detección de la violencia de género en el ámbito educativo, ya que señalan una de ellas, la castellano-leonesa de 2016, pero no citan la vasca de 2007, la valenciana de 2014, la murciana y la andaluza de 2016, la asturiana de 2017, ni la estatal de 2014. Además de los protocolos de otras entidades, como la guía de *Save the Children* de 2008.

En resumen, cabría postular la necesidad de un nuevo marco teórico (introduciendo un giro copernicano) sobre el ciclo de la violencia de género que desplace esta visión ptolemaica que sitúa en el centro al agresor, para demostrar que la violencia de género es el centro del universo emocional y de las relaciones de poder asimétrico en la pareja y en el hogar, lo cual contribuiría a introducir mejor las acciones de colaboración y resistencia de las víctimas, mujeres y criaturas, así como de superación y rehabilitación de las secuelas sufridas, incluyendo el entorno cercano e institucional.